

Prejuicios que paralizan

Alfredo Acle Tomasini©

Por qué México no crece, nos preguntamos reiteradamente e impacientes por el largo letargo en el que llevamos sumidos más de tres lustros. Lapso en el que hemos aprendido que los buenos números macroeconómicos no son condición suficiente para impulsar el desarrollo del país ni bastan para resolver sus problemas más apremiantes, algunos de los cuales incluso se han agravado, como la inseguridad. Pero, pese a la evidencia de que las cosas no están funcionando, seguimos aferrados al recetario con la misma vehemencia de quien reza La Magnífica a la mitad de un temblor, esperando que sus oraciones terminen por detenerlo.

Pero no es la mediocridad de los resultados lo que preocupa sino la incapacidad para proponer nuevas ideas, para pensar fuera de la caja y, sobre todo, para aprender de los éxitos y fracasos de nuestro pasado.

Recordar la historia no es suficiente para aprender de ella. Por el contrario, extraer lecciones hace indispensable meditar sobre las razones que explican éxitos y fracasos. No hacerlo nos puede llevar a conclusiones precipitadas; los triunfos pueden sobrevalorarse o dejar de ver que quizá se debieron a razones no atribuibles a nosotros, mientras que en el caso de las derrotas podemos terminar satanizando una idea cuando en realidad el problema fue nuestra responsabilidad al implantarla mal.

Lo más grave es que una idea satanizada se convierte en un prejuicio que nos resta opciones. Ya se hizo una vez y no sirvió es una frase que a menudo se da como contestación cuando alguien hace alguna propuesta sin que el opositor ofrezca razones por las que no funcionó. Esto en el fondo suena tan absurdo como sería el caso de una persona que descartara visitar de nuevo un cierto destino turístico porque la pasó muy mal en virtud de que su auto no estaba en condiciones para hacer el viaje.

Justo en este caso se encuentra la participación del Estado en la economía. Los errores y excesos que se cometieron en la etapa postrera de esta política pública han sido suficientes para satanizarla y muy en particular a las empresas públicas.

Pero si revisamos nuestra historia económica, encontramos que el crecimiento económico entre finales de los cuarenta y hasta los ochenta estuvo asociado a una participación importante del estado en la economía que expandió la planta industrial en energía, siderurgia, telecomunicaciones, petroquímica, fertilizantes. Así, el monto y dirección de la inversión pública marcaba la pauta a la inversión privada, que por ende jugaba más un papel de seguidora que de líder.

Desafortunadamente una buena idea se pervirtió hasta convertirse en onerosa carga para el contribuyente debido a una larga lista factores, entre los que destacan: la mala administración, la corrupción que enriqueció por igual a servidores públicos y funcionarios privados, la incorporación al Estado de empresas privadas en quiebra, la proliferación de una intrincada burocracia que entreteje de manera confusa al sector central con el paraestatal, los efectos de una relación dual entre el sindicato y el Estado, donde se mezclaban las negociaciones obrero patronales con las de miembros de un mismo partido.

Todo lo anterior ha hecho que en el actual credo económico la empresa pública sea una opción de política tan impensable como la poligamia en los evangelios. Así que preferimos cruzar los dedos para que los privados -extranjeros porque la gran mayoría de los locales ya vendieron, o se convirtieron en comercializadores o simplemente desaparecieron- impulsen la economía y se hagan cargo de realizar los grandes proyectos nacionales.

Pero lo curioso es que alcanzar este objetivo se ve impedido por la convergencia de dos prejuicios paralizantes, que aun siendo opuestos se mueven de manera circular hasta terminar tocándose. Dos casos para ilustrar lo anterior. El gobierno podría asociarse temporalmente con privados para construir y operar una red interurbana de trenes de pasajeros de alta velocidad, o bien privados podrían asociarse con Pemex -como ésta se asocia con Repsol- para atraer capital y desarrollar la cadena de valor de la industria petrolera.

El primer caso encontraría a los opositores de la empresa pública; el segundo atraería la críticas de quienes prefieren que los privados se limiten a prestarle a Pemex y cobrarle intereses, y no a compartir riesgos como accionistas.

La renovación sexenal siempre crea la esperanza de que por fin logremos que permean nuevas ideas, pero ello hace necesario entender que la reforma estructural más urgente es la mental. No es posible la innovación y menos aún la audacia que la incentiva si queremos permanecer apoltronados en nuestros prejuicios mirando para atrás en lugar de construir el porvenir.

alfredo@acletomasini.com.mx

Twitter @AcleTomasini